

1

Solo ven a Chuck los que salen. Y los que entran. Chuck no es más que el recepcionista de un puto hotelucho de una estrella de habitaciones con cucarachas. Caín es otra cosa. Caín hace diez años que quiere ver a Chuck, lleva 3650 días soñando cada noche lo mismo en la litera de arriba de la celda 1411 mientras el de abajo, o los de abajo, porque han pasado varios, cazan cucarachas y las atraviesan con alfileres. O se pajea pensando en sus novias y mujeres. No mueren, las cucarachas. Nada es más difícil que matar a un bicharraco de esos, negro y que además puede volar y hace ruido por las noches cuando camina por el suelo. Chuck. El negro de la puerta del que todos hablan y al que quieren ver, otro bicharraco. El que te despide. El que te da todas las cosas y pronuncia una frase que te alegra el día en un ritual que no cambia con los años. Besaría a Chuck. Hasta el gordo culo de ese negro. Y eso que Chuck es un negro feo y gordo, una especie de Mike Tyson blandengue que arrastra el culo al andar, cuando lo hace, porque anda poco, del mostrador a las taquillas, de las taquillas al mostrador. Chuck no está solo. A su lado un blanco delgado y alto, con un buen tupé. Mudo. Siniestro. De esos tipos que no comen nunca y parece que se alimenten del aire. Del aire que respiras para ahogarte.

Así es que Caín, ya sin grilletes, ya sin ese infame mono naranja que le ha acompañado durante diez putos años en el Metropolitan Correctional Center de San Diego, se presenta ante Chuck que lo mira de arriba abajo, sentado tras aquel mostrador de madera oscura, con ojos redondos

como platos y sonrisa hiriente, y le entrega el impreso de salida, su salvoconducto a la libertad. Chuck fue también el que le recibió, entonces sin sonrisa, y le apremió para que se desnudara mientras otro funcionario le examinaba el culo, la boca, las orejas, todos los orificios susceptibles de esconder algo diez años antes.

Aunque a Chuck ya le han informado de que el recluso sale a esa hora, se demora. Intencionadamente. Examina el documento. Comprueba la firma estampada del alcaide. Que no falte ni un puto sello. Se lo pasa al mudo blanco que tiene de vecino. Firman los dos en la parte de abajo del impreso.

—Me alegra verte, muchacho —le dice.

—Más me alegro yo de verle a usted.

—Eso no lo dudo, chico. A ver, a ver. Firma aquí, si es que sabes firmar, que ya no me acuerdo si sabías al entrar.

Firma. Coge el bolígrafo, que en esa parte del presidio existen, y estampa el nombre y el apellido con bastante buena caligrafía: Caín Brother.

—Tu padre debió de ser un gran hijo de puta —le dice cuando lee su nombre.

No se altera. No tiene por qué alterarse cuando la libertad está exactamente a veinte pasos, los que tiene que dar en dirección a la puerta que se abre al fondo. Y, además, quizá Chuck tenga razón en lo de su padre. No le contradice.

—Ponerte ese nombre, eso es mala leche, ¿no? Deberían meter en el trullo a los padres que marcan a sus hijos con esos nombres. ¿Por qué no Satán, Hitler o Manson? ¿Tienes hermanos, Caín?

—Sí, Abel.

Chuck, el negro que se parece a Mike Tyson, se parte de risa. Caín lo mira con prevención por si de esa masa informe de cuatrocientas cuarenta libras abiertas en canal se le escapa una apestosa ventosidad. El otro, el funcionario blanco, está, pero como si no estuviera. Da la sensación de que no se dirigen la palabra en todo el día, de que no se

aguantan el uno al otro, el Gordo y el Flaco, chocolate y vainilla. Chuck tiene voz aguardentosa, de Louis Armstrong. Un puto funcionario de prisiones que pidió el traslado de Nueva Orleans a San Diego cuando lo del Katrina. Chuck ha visto a mucha gente entrar, pero no todos los que entran salen, o salen por esa puerta, o sencillamente no salen, o lo hacen para ser enterrados tras ser tumbados sobre una cruz y recibir un cóctel letal de tiopental sódico, midazolam e hidromorfona en las venas. Echa de menos Chuck la época en que los achicharraban en Nueva Orleans y las luces del presidio parpadeaban con cada ejecución. Podía comer asado de carne inmediatamente a continuación.

—Tienes suerte, Caín. Espero, por tu bien, no verte más por este hotel, chico.

A Caín le molesta que ese negro gordo le llame *chico*. Chuck tiene unos cuarenta y cinco años, es diabético, se alimenta de comida basura y tiene una mujer que pare como un conejo negro que serán sedentarios como sus padres. Caín tiene veinticinco y es delgado, pura fibra, porque los nervios se le comen por dentro. Diez años yendo a diario al gimnasio, alternándolo con la biblioteca para tener despiertos el cuerpo y la mente. Diez años de ejercicio para que le respetaran, condición sin la que las posibilidades de sobrevivir en la jungla humana que es estar entre rejas se reducen considerablemente. Chuck se levanta de la banqueta reforzada que aguanta sus cuatrocientas cuarenta libras de peso y abre un armario que está a su espalda. El armario está lleno de cajas metálicas que ocupan todo su espacio, de arriba abajo. Saca la que pone «Caín Brother» en una etiqueta mecanografiada.

—¿Saco la etiqueta o la guardo para una próxima ocasión? —le pregunta Chuck mirándole a los ojos y con una risita burlona en la punta de sus prominentes labios.

—Nunca volveré a este lugar, señor.

—Nunca digas nunca jamás, chico. Entraste que eras poco más que un niño, y ahora sales hecho un hombre. Espero que tu estancia en el hotel te haya servido para algo,

para no volver a él. Aunque te digo una cosa, muchacho, he visto entrar de nuevo a muchos como tú, parece que lo echen de menos los capullos.

Caín está impaciente por recoger sus cosas. Las pertenencias personales que diez años atrás hubo de dejar al entrar. Viste un tejano oscuro, una camisa floreada, mocasines azules. El pelo muy corto, como todos los que están dentro, rubio, aunque en un momento determinado, cuando empezó a echar músculo, se rapó al cero para ofrecer un aspecto más feroz, de luchador, de *pitbull*. Los ojos, azules. Los labios más anchos de lo deseable, pero no tanto como la boca del negro Chuck. Una cicatriz en la mejilla, fruto de una riña, pero el otro quedó peor, con parte de la mandíbula colgando.

—Veamos, chico, si está todo.

El funcionario blanco de al lado rellena un crucigrama. Duda con un jugador de béisbol. Muerde el extremo del lápiz.

—No me acuerdo. Demasiados años. No sé qué llevaba.

—¿No te acuerdas? Pues yo sí me acuerdo de ti, que entraste como un capullo asustado.

—Usted no se puede acordar de mí. Hace diez años que no nos vemos.

—Claro que me acuerdo, capullo. Chuck se acuerda de toda la puta carne de presidio que entra en el hotel. Entraste por un muerto. Pinchado. Un honrado ciudadano al que mataste después de robar, miserable escoria. Suerte que eras menor.

—Se ha leído el expediente.

—Veamos qué coño tienes. Un reloj —se lo acerca a la oreja— que no suena. Se paró en el 2004.

Caín Brother se lo coloca en la muñeca. Le gusta sentir el contacto metálico de la correa de acero.

—Ponle pilas, chico, o no sabrás en qué día estás. A ver, qué más: un cinto de vaquero. ¡Vaya! Para que no pierdas los pantalones. Aunque aquí dentro ya los perdiste un montón de veces, ¿no?

La risa con la que acompaña esa última afirmación hiere a Caín, que cierra el puño tras el mostrador.

—Eso lo vas a echar de menos fuera, Caín. Y a lo mejor te has aficionado —sigue riendo, ya con la boca abierta y todos sus dientes blancos—. En la cárcel todos salen del armario y luego lo echan de menos. Ves, eso es algo que me voy a perder y siento una sana envidia por todos vosotros. ¿Qué se siente, chico, siendo mujer?

Caín Brother está tenso. No le gustan las bromas. Si fuera más corpulento y no estuviera en esa situación, le haría tragar a Chuck todas sus impertinencias. El blanco mudo interviene, levantando la vista del diario.

—Tengo entendido que Balboa te trabajaba el culo a conciencia, chico. ¿Me equivoco? ¿Eras la putita de Balboa, rubio?

—Se equivoca, señor. ¿Cuándo salió?

—¿Ezequías Balboa? Seis meses —contesta el funcionario blanco—. Salió con la condicional. Se metió en el bolsillo al alcaide. «Maneras de líder», decía. Una maricona mexicana.

—Un billeteiro con cincuenta putos dólares. Cuéntalos, muchacho, los que trabajamos aquí somos gente honrada, no como los clientes —corta Chuck y el blanco vuelve a su crucigrama.

El billeteiro es de piel. Regalo de God. Cuando cumplió quince años, el último cumpleaños celebrado en libertad, después de soplar las velas, un día en el que God estaba más o menos sobrio. Cuenta los cinco billetes de diez dólares, porque no se fía de Chuck.

—Por cincuenta te la maman, y una mujer, chico, una mujer de las de verdad. ¿No tienes ganas o ya te has acostumbrado a los tíos?

—¿A qué? —inquieta con un deje de furia.

—A nada, chico. A nada. Una boca es una boca si se cierran los ojos.

—A usted nadie le chupa esa repugnante morcilla negra que lleva entre las piernas.

Chuck levanta la caja metálica, ya vacía, con ánimo de atizarle en la cabeza.

—¡Insolente hijo de puta! Largo y que no te vea más por aquí, por tu bien, porque si vuelves a entrar juro que te meto una porra por el culo y te la saco por la boca.

—Yo me voy, pero usted, Chuck, se queda. No lo sabe, pero está condenado a perpetuidad aquí o en un sitio peor.

—Hasta que me jubile, pringado.

—También está preso.

—Y una mierda. Vete, chico. Vete de una puta vez.

—¿Me abre la puerta, señor Chuck? —grita Caín Brother.

—¿Va a venir alguien a buscarte, chico, o estás más solo que la una?

—¿Y a usted qué coño le importa?

—Podemos llamar al Ejército de Salvación que venga aquí a tocarte una marcha y te dé un bocadillo.

—Abra la puerta.

Chuck pulsa un botón oculto y la primera puerta metálica se desliza hacia la derecha y se abre.

—¡Caín Brother, hombre libre, se dirige a la calle! —grita el funcionario, siguiendo la tradición.

—¡Más alto, negro del demonio! —le exige el expresidiario.

—¡Caín Brother, hombre libre, se dirige a la calle! Piensa en mí cuando te tires a la primera tía.

La puerta metálica se cierra a sus espaldas. Otra puerta metálica le separa de su libertad.

—¡Abra la puerta, Chuck!

—Me tendrás que dar esos cincuenta pavos, cabrón —le grita desde la distancia.

—¡Abra esa puta puerta!

—Está bien, está bien. No te pongas nervioso, chico. Desacato a la autoridad y entras de nuevo por donde has salido.

Chuck pulsa un nuevo botón. Caín Brother traspasa esa nueva puerta. Y luego un pasadizo estrecho, como un útero, una puerta que se abre empujando hacia fuera y la calle, la luz, el resplandor de un sol sin cortapisas, sin muros, rejas ni redes. Volver a nacer.

La luz del día le desconcierta. También el espacio abierto, la gran explanada en donde no hay aparcado un solo coche. Padece agorafobia y no lo sabe. Y el silencio le impresiona. Y no ver a nadie. Se separa un poco del muro del presidio que queda a su espalda con sus cuatro torres de vigilancia y los guardias armados con carabinas que le miran cómo se aleja. Da cien pasos, incrédulo. La recién adquirida libertad no le da un subidón como se le daba la coca en el talego. Quizá sea demasiado pronto y no se ha hecho a la idea. Se cubre los ojos con unas gafas oscuras. Busca en vano ese coche que no está. Son las 11 a. m. Le han liberado a la hora justa, ni un minuto más de condena. Descubre, entonces, en una esquina, fuera de la zona de aparcamiento vacío, una cabina de teléfono.

—Hijo de puta. Te has olvidado de mí —gruñe mientras mete por la ranura dos piezas de veinte peniques que lleva en el monedero y marca un número.

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© del texto: José Luis Muñoz Jimeno, 2021

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2021

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-9743-952-7

DL: L 21-2022

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.